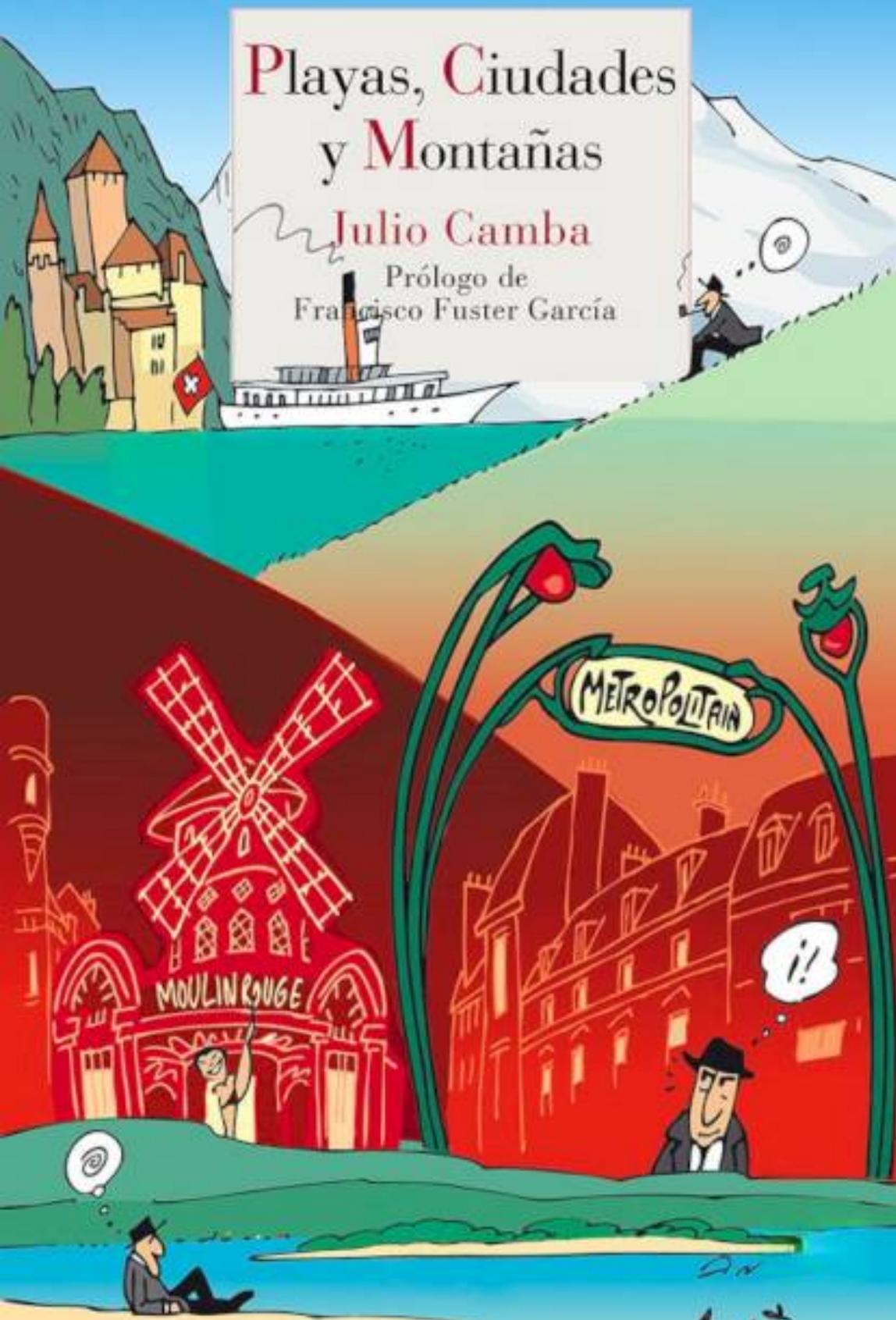


Playas, Ciudades y Montañas

Julio Camba

Prólogo de
Francisco Fuster García



Publicado por primera vez en 1916, *Playas, ciudades y montañas* recoge las experiencias de Julio Camba en tres territorios bien diferentes: Galicia, Francia y Suiza. Con visión aguda y humorística comienza con un largo recorrido por su tierra natal, que abre y cierra con el paisaje de su infancia: la ría de Arosa. La segunda parte (ciudades) se centra en París, en donde fue corresponsal del diario *El Mundo*. Como ocurre siempre con su literatura, el París de hoy, pese al paso de los años, sigue empeñado en dar la razón a Camba. La montaña le corresponde a Suiza, un lugar donde encuentra ciudadanos de toda Europa menos suizos. Con motivo del cincuenta aniversario de la muerte de Camba, *Playas, ciudades y montañas*, supone un homenaje a uno de los mejores escritores españoles del siglo XX.

Un escritor todoterreno

por Francisco Fuster García

EN LA «ADVERTENCIA LEAL contra los libros de viajes» que sirve de prólogo a *Aventuras de una peseta* (1923) se compadecía Julio Camba de su incapacidad para ver más allá del siguiente artículo. Para cualquier persona con la mente limpia, explicaba el periodista, el desierto es el desierto y el bosque es el bosque, con todos sus rasgos y todos sus matices; para él, en cambio, el mundo no era más que un cúmulo de realidades dispares cuya grandiosidad o insignificancia no les evitaba terminar igual: reducidas a «una superficie literaria de 150 centímetros cuadrados». Ya lo había dicho el cronista gallego en un artículo —«Cómo escribo mis artículos»— publicado años antes y luego incorporado a *Londres*, cuando admitía su tendencia irreprimible a hacer del artículo la medida de todas las cosas, por una deformación profesional convertida en obsesión que le hacía pensar la vida en términos de columnas y crónicas. Esa obligación de la entrega diaria que pesa sobre el escritor de periódicos como una espada de Damocles había dejado de ser una disciplina más o menos asumible, aunque fuese a regañadientes y por la pura necesidad económica de la supervivencia, para pasar a ser una pesada carga incompatible con esa existencia ociosa y relajada a la que todo *bon vivant*

debe aspirar. Esa vida de diletante total que Camba lamentaba no poder permitirse, pues la necesidad de escribir *paine lucrando* le había transformado en una especie de «fábrica de artículos»:

Yo lo mismo hago un artículo con una noticia de tres líneas que leo en el *Daily Telegraph*, que con las obras completas de Voltaire. Yo me voy al mar, por ejemplo. No cabe duda de que el mar es una cosa grande y hermosa. Pues para mí como si fuese un sombrero de paja. Toda su hermosura y toda su grandeza yo la reduzco rápidamente a una columna escasa de periódico; mando las cuartillas a su destino, y ya se han acabado para mí los encantos del mar, y, como los encantos del mar, las mujeres bonitas, y como las mujeres bonitas las obras maestras, y como las obras maestras las catedrales góticas, y los buques de guerra, y los campos sonrientes, y la primavera, y las fiestas movibles y todo. El articulista no puede gozar de nada, porque todo, en su organismo, se vuelve literatura, así como esos enfermos que no gozan de ninguna comida porque todas ellas se les convierten en azúcar. Esos enfermos son fábricas de azúcar, y nosotros somos fábricas de artículos.

Quienes conozcan un poco la biografía de Julio Camba (Vilanova de Arousa, 1884 - Madrid, 1962) sabrán que más allá de la ironía y la provocación, en estas reflexiones de tono personal que el inquieto periodista solía incluir de vez en cuando en sus crónicas también hay una parte de verdad que tiene mucho que ver con el oficio de periodista y con esa necesidad que siempre sintió Camba de rentabilizar cualquier experiencia vital para poder hacer de ella un material aprovechable para esa literatura de vida efímera que es la prensa diaria. A diferencia de lo que le sucede al

novelista o al poeta, que se pueden permitir el lujo de alternar trabajo con descanso, temporadas de mayor creatividad intelectual con rachas de sequía en las que la pluma no se desliza con soltura, al columnista no le está permitido depender de la inspiración. Al contrario, no solamente se le pide puntualidad en las entregas (de lo contrario se arriesga a fallar a su cita diaria con el lector amigo y a que este se busque una compañía más fiel en otro lado), sino que, además, se le exige un imposible: que la calidad de las colaboraciones sea siempre la misma, sin altibajos. Quien escribe a diario, pensaba Camba, no está obligado a ser siempre genial; pese a tener la mala suerte de haberse dedicado a la crónica y no a la novela o el teatro (esa prosa de largo recorrido donde es más fácil dar gato por liebre), o precisamente por eso, por cultivar el único género en el que uno no tiene escapatoria ni excusa posible: «Yo soy un escritor de artículos cortos, cosa terrible, porque los artículos cortos se leen. Estoy aislado en el espacio, y sólo me puedo ocultar en el tiempo escribiendo con asiduidad» («No es posible escribir artículos geniales», *El Sol*, 12-3-1919).

Playas, ciudades y montañas (1916) no es el mejor libro de los que escribió Camba, pero sí es uno de los más auténticos y, en mi opinión, el que por su naturaleza heterogénea mejor representa a su autor. Junto con *Alemania: impresiones de un español* (1916) y *Londres: impresiones de un español* (1916), conforma una trilogía de obras aparecidas el mismo año en circunstancias un tanto peculiares que tal vez no sean conocidas para el lector actual. Hasta esa fecha, Camba había publicado ya centenares de artículos en varios periódicos españoles de principios del siglo XX pero, por dejadez o por desconocimiento, jamás se había preocupado por reunirlos en forma de antología para que fuesen publicados como libros. Como contó el propio escritor muchos años después, en el prólogo a sus *Obras Completas* (Plus Ultra, 1948), la idea de agrupar algunos de los

mejores artículos para formar con ellos sus primeros libros fue del oportuno —u oportunista, según se mire— Gregorio Martínez Sierra, que de otras cosas no lo sé, pero del mundo editorial de la época sabía bastante. Mientras Camba ejercía de corresponsal en Nueva York para el *ABC* (experiencia que luego nos contaría en las crónicas que integran *Un año en el otro mundo*, publicado en 1917), el editor de Renacimiento envió a un ayudante a la Biblioteca Nacional para que copiara *in situ* los artículos (no había otra forma de hacerlo porque el periodista no guardaba los originales) que meses después salían de la imprenta convertidos en libros, sin que nuestro autor hubiese intervenido en todo el proceso editorial.

A diferencia de sus dos compañeros de «generación», cuyo hilo conductor son las respectivas estancias de Camba como corresponsal en Londres y Alemania (Berlín y Múnich), *Playas, ciudades y montañas* es una suerte de recorrido por la diversidad geográfica y cultural del continente europeo: una feliz mezcla de paisajes y paisanajes que acreditan la condición de escritor todoterreno de Julio Camba. Las crónicas de un veraneo en su Galicia natal publicadas en el diario *El Mundo* y las aparecidas en *La Tribuna* durante su corresponsalía en París y su paso por Suiza como turista de temporada. Ese es el material reunido en un volumen que guarda la quintaesencia de Camba, con todo lo bueno y con todo lo menos bueno, con artículos más bien discretos y otros sencillamente antológicos. Aquí están, de hecho, algunas de las mejores páginas escritas por el cronista pontevedrés a lo largo de toda su carrera; aquí podemos leer a Julio Camba cuando todavía no era Julio Camba, pero ya empezaba a ser Julio Camba: cuando ya era uno de los periodistas mejor pagados de España, pero aún no había alcanzado la cumbre que para él significó la llegada al *ABC*.

Aquí está —en la primera parte del libro— el Camba más gallego y autobiográfico, el escrutador implacable que no se muerde la lengua cuando recorre los pueblos galle-

gos y, como buen urbanita acostumbrado a las distracciones de Madrid, se queja del aburrimiento del campo y de la infamia de esa escuela rural de la España atrasada que tan malos recuerdos le trae. O cuando escribe sobre esa Galicia pobre que tuvo que emigrar —como hizo él mismo en su adolescencia rebelde— a Buenos Aires, o cuando critica el nacionalismo gallego —el de quien se empeña en ejercer de «gallego profesional» allí donde va— más militante que se niega a aceptar que la cultura de Galicia también se ha hecho en castellano (exceptuando algunos poemas de juventud, Camba no escribió nunca en gallego, razón por la cual algunas historias de la literatura gallega no le han dedicado el espacio que quizá merecía). Pero aquí está también el Camba europeo e internacional que ejerce de *flâneur* en ese París cosmopolita y moderno de la *Belle Époque* en el que —paradójicamente— dice sentirse más español que en cualquier otra parte: «Aquí se aficiona uno a los toros. Aquí, muchachos catalanes y gallegos adquieren el acento andaluz. Aquí, en el Tabarin, en el Bullier, en el Elisée Montmartre y en el Moulin de la Galette, aprende uno a bailar flamenco. Aquí se han puesto muchos españoles la primera capa y el primer sombrero cordobés». Aquí están esas crónicas del Camba «sociólogo» que con un estilo personal e intransferible sabe encontrar ese detalle inadvertido, ese perfil exacto con el que retratar el carácter y las costumbres de franceses y francesas (¡ojo a esas estudiantes de la Sorbona!): su vida cotidiana en el *boulevard*, su sucedáneo de bohemia en ese Barrio Latino que es todo literatura y, por supuesto, y como no podía ser de otra forma tratándose de Camba, su proverbial y exquisita gastronomía.

Por último, aquí está igualmente y en la misma medida, el Camba irónico y mordaz que nos describe Suiza —que no a los suizos, pues no los hay en Suiza— como «lo más yanqui del mundo». Un país sin personalidad propia, que vive por y para el turismo de agencia masificado que busca

en el Mont Blanc y en el lago Lemán un paisaje idílico de postal, símbolo de esa belleza prefabricada que sólo engaña a quien se deja engañar: esa clase media europea y americana descrita en la impagable serie de artículos dedicada a los turistas de distintas nacionalidades que circulan por el Viejo Continente («El inglés es turista por naturaleza. Yo he conocido en París ingleses que llevaban allí doce años y que seguían de turistas, hablando inglés, llamando la atención y haciendo el primo como si acabaran de llegar»).

Decía Pío Baroja en el prólogo que escribió para su propia biografía (escrita por su amigo Miguel Pérez Ferrero) que no acostumbraba a fiarse mucho de lo que se dice en esas primeras páginas de los libros —prólogos, introducciones y advertencias varias— dedicadas a captar el interés del lector con hábiles maniobras de persuasión. Sin embargo, reconocía el novelista vasco, esos reclamos son «como el anuncio del voceador de la barraca de feria. Mucha gente se desilusiona cuando entra en ella, pero si no oyera los gritos y las llamadas no pasaría adentro». Como coincido plenamente con esta apreciación barojiana, he intentado «gritar» lo más fuerte que he sabido para que llegados a este punto, estén totalmente convencidos —si bien estoy seguro de que muchos de ustedes ya lo estaban antes y han pasado directamente a esa «barraca de feria» de la que hablaba Baroja, sin haber necesitado la llamada de este modesto voceador— de que van a disfrutar mucho leyendo estos artículos de Julio Camba porque en ellos van a encontrar a un hombre que se hizo querer por sus amigos, a un periodista que se hizo leer por sus lectores.

En este sentido, debo acordarme aquí del gran Oscar Wilde, a quien le preguntaron una vez cuál era según él la principal diferencia entre la literatura y el periodismo que se hacía en su época. La diferencia entre la literatura y el periodismo actual —respondió el autor de *Dorian Gray*— es que mientras la primera apenas se lee, el segundo es

sencillamente imposible de leer. En el caso de Julio Camba, me permito contradecir a Wilde y afirmar que su periodismo no solamente se puede, sino que se debe leer, aunque sólo sea para descubrir que hubo un tiempo en España —que no era el de la Inglaterra victoriana, pero era el de los Pla, Azorín, Chaves Nogales, o el propio Camba, por citar solamente algunos— en el que el periodismo sí que se podía leer. Hoy la prensa escrita española es muy distinta de aquella, pero nos queda la hemeroteca y sobre todo, nos queda el trabajo de editoriales como Reino de Cordelia que en este 2012, cuando se cumple el cincuenta aniversario de la muerte de Julio Camba, se ha acordado de un periodista gallego del que ya casi nadie se acuerda. De un escritor todoterreno que supo dominar como nadie el difícil arte de la brevedad, conciliando mar y montaña de la única forma que podía hacerse: en el espacio justo de una cuartilla.

FRANCISCO FUSTER GARCÍA

Advertencia del autor

ESTE LIBRO, ASÍ COMO LONDRES Y ALEMANIA, se compone en su totalidad de trabajos escritos antes de la Gran Guerra. Al reeditarlos ahora, yo me había propuesto ponerlos al día, considerando, no tan sólo cuánto ha variado el mundo desde entonces a acá, sino también cuánto han variado mis propias opiniones; pero ¿hasta qué punto tiene derecho un autor a rectificar obras que ya le ha entregado al público? Pensándolo detenidamente, he resuelto que no tiene derecho ninguno. Por lo que respecta a las cosas de que habla, sería como si rectificase un grabado de época, añadiéndole los edificios construidos posteriormente, y por lo que respecta a sí mismo, equivaldría que le pusiera bigotes o barba a un retrato de su infancia.

La única rectificación honrada que de *Playas, Ciudades y Montañas, Alemania y Londres* puedo yo ofrecerle al lector, es la de mis libros posteriores: *La rana viajera, Aventuras de una peseta y Un año en el otro mundo*, aunque más que como una rectificación, yo presentaría estos libros como una continuación lógica de los otros, no estableciendo entre todos ellos más diferencia que la del momento en que fueron escritos.

JULIO CAMBA

Primera parte

Galicia

La neurastenia y la literatura

La neurastenia es un don que me vino
con mi obra primigenia.

RUBÉN DARÍO

LA NEURASTENIA ¿es una enfermedad o una superstición? El médico me ha dicho que es una enfermedad moderna, y, en efecto, parece que los sabios la han inventado últimamente.

—Hace apenas un siglo que se conoce la neurastenia — me dijo el doctor—. La ciencia ha tardado mucho en descubrirla.

¡Loemos la paciencia de la ciencia! Gracias a ella, yo puedo envanecerme de mis achaques tanto como de mis calcetines. Entre mi dolor de cabeza y el de un hombre primitivo hay una diferencia enorme, que no es únicamente la diferencia de las cabezas. El dolor del salvaje era un dolor anónimo, mientras que el mío es un dolor civilizado, tiene una base científica y se pronuncia con un nombre en el que hay nada menos que dos diptongos: ¡neurastenia!

—¿Y qué? ¿Hay muchos neurasténicos, querido doctor?

—Muchísimos.

La neurastenia debe de estar muy bien inventada cuando se ha impuesto en tan poco tiempo. A mi doctor le ha

ido tan bien con ella, que ya no se dedica a otra cosa. Por eso he ido a verle.

—No se preocupe usted —me dijo—. Usted es un neurasténico.

—Sin embargo, doctor, con un nombre o con otro, lo cierto es que yo estoy enfermo.

Me recetó unos glicerofosfatos y me mandó al campo. Campo. Mar. Un aire puro. Una alimentación sana. Una vida tranquila.

—Duerma usted mucho y trabaje poco —añadió—. Mientras tanto no se pondrá usted bien.

—¡Ay, doctor! —exclamé—. Entonces ya sé de qué estoy enfermo.

—¿De qué?

—De no tener dinero.

—Seguramente —me contestó, con una pérfida sonrisa de acreedor.

Yo no podía haber sospechado que la falta de dinero se llamase nunca neurastenia, y las palabras del especialista me sorprendieron un poco. Anteriormente, la neurastenia me parecía una superchería de los médicos para designar todas aquellas enfermedades que ellos no acertaban a conocer. Sin embargo, parece que la neurastenia tiene una personalidad tan clara como cualquier enfermedad antigua, ya consagrada por el uso. Su origen consiste en una debilidad de los centros nerviosos, para cuya curación es indispensable un perfecto reposo mental. No hay que pensar en nada, ni siquiera en el dinero. ¡Aviado estaría mi ilustre amigo el joven y distinguido pensador Sr. Zancada con una enfermedad como la mía! Por fortuna, yo soy un escritor decorativo y me dedico a una literatura fácil, superficial y pintoresca.

—¿Puedo seguir cultivando mi literatura?

Un especialista en especialidades nerviosas es siempre un hombre de mundo, y el mío, con una vaga inflexión de ironía en las palabras, me contestó:

—Si quiere usted que su curación sea rápida y completa, hágase discípulo del señor Pérez Zúñiga.

¡No pensar! Decirle a un hombre inteligente que se abstenga de pensar es lo mismo que aconsejarle a un idiota el ejercicio de la filosofía, cosa que, por otro lado, han ejercido algunos idiotas sin que se lo aconsejara nadie. Hacerse bárbaro no es menos difícil que hacerse inteligente. Yo estoy en el primer caso —se lo digo a los que estén en el segundo—, y bien me puedo permitir la inmodestia de reconocermelo inteligente, en desquite de mi enfermedad. Procuraré hacerme bárbaro, y nadie mejor que el lector podrá observar hasta qué punto lo consigo. Al mar y al campo, que siempre sirvieron para inspirar a los artistas, se les confía ahora la tarea de embrutecerlos.

—Y diga usted —le pregunté al doctor—, ¿no cree usted que yo podría irme embruteciendo poco a poco en Madrid? Muchos lo han hecho y les ha salido muy barato...

¡El mar! ¡El campo! Yo iré a ellos —si no son curativos, tienen bastante con ser hermosos—, y sobre las toscas mesas aldeanas diré, repitiendo unas admirables palabras de Eça de Queiroz: «Dejadme saborear esta comida en perfecta inocencia de espíritu, como en tiempos del rey Don Juan V, antes de la Democracia y de la Crítica».

La isla de Arosa

CUANDO VINE DE AMÉRICA, expulsado, se me ocurrió un día ir a visitar la isla de Arosa. Hace ya cinco o seis años, y todavía recuerdo, con una leve sonrisa cyranesca, la impresión de terror que produjo en la isla. Detrás de mí oía con frecuencia el tímido cuchicheo de las mujeres y de los niños.

—¡El anarquista! ¡El anarquista!

El anarquista era yo. Los periódicos habían publicado mi historia en la sección telegráfica, con fecha de Cádiz —el primer punto de la Península en donde hizo escala el vapor que me conducía— y de Barcelona, el punto en que desembarqué. ¡Una historia de la que el protagonista se iba enterando a medida que la leía! Confieso que aquellos episodios, fantásticamente relatados para producir la emoción de toda España, me llenaban de orgullo. Un orgullo que sería tan grande como el de César o el de Napoleón, si las erratas no hubiesen venido a acibararlo. ¡Triste suerte la de mi apellido, en manos de unos cajistas que no lo conocían! *El Imparcial* me llamaba Julio Canela, y *El Heraldo*, Canoba. Nada tan ignominioso, sin embargo, como el apellido que me adjudicó *El País*, de cuyo carácter radical no podía esperar ningún revolucionario una errata tan ofensiva: ¡Julio Caníbal!